

DESEO. TORTURA. CAOS...

SCYTHE & SPARROW

LA TRILOGÍA DEL AMOR CAÓTICO
BRYNNE WEAVER



LA TRILOGÍA DEL AMOR CAÓTICO

SCYTHE &



SPARROW

BRYNNE WEAVER

Traducido del inglés por Ana Navalón

CONTRALUZ

Título original: *Scythe & Sparrow*

Esta edición ha sido publicada mediante acuerdo
con The Foreign Office Agència Literària, S. L.
y The Whalen Agency, Ltd.

Primera edición: octubre de 2025

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Brynne Weaver, 2025
© de la traducción: Ana Navalón, 2025
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)
Madrid, 2025
Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.com

ISBN: 978-84-19822-98-7
Depósito legal: M. 12.009-2025
Printed in Spain

ADVERTENCIAS DE CONTENIDO

Aunque *Scythe & Sparrow* sea una comedia romántica oscura (y esperamos que te rías con toda esta locura), ¡sigue siendo oscura! Por favor, lee con responsabilidad. Si tienes alguna pregunta sobre la siguiente lista, no dudes en ponerte en contacto conmigo en brynneweaverbooks.com o en cualquiera de mis redes sociales (estoy más activa en Instagram y en TikTok).

- Globos oculares... otra vez. Si te sirve de consuelo, no sé por qué sigo escribiendo sobre esto en los libros, porque es una cosa que me da pavor.
- También pestañas. Sip. Hemos llegado a ese punto.
- No sé si te voy a quitar las ganas de comer algodón de azúcar, pero quizás sí que te lo mancillo un poco.
- Puede que también las salchichas o los perritos calientes, o ambos.
- Uso poco recomendado de grapadoras.
- ¿Los mapaches enganchados a las drogas deberían incluirse en las advertencias de contenido? ¡Abro debate!
- Payasos.
- Payasos sexis.
- Traumas médicos, entre los que se incluyen heridas graves, ambulancias, fracturas abiertas, heridas dolorosas, pérdida de sangre, hospitales, postoperatorio.

- Empalamiento (no en el sentido sexual, pero, bueno..., en ese sentido también).
- Referencias a maltrato físico (no explícitas), maltrato psicológico y emocional, abuso sexual, amenazas e intimidación, misoginia.
- Un perro herido..., pero, si has leído *Leather & Lark*, ¡ya sabes que Bentley se recupera! Es demasiado gruñón y cascarrabias para morir.
- Referencias a negligencia parental y maltrato físico infantil (no explícitas).
- Múltiples armas y objetos cortantes, entre los que se incluyen cuchillos, pistolas, bates de béisbol, ganchos de metal, un bisel afilado... Ya deberías haberte acostumbrado a todas estas movidas.
- Escenas de sexo explícito que incluyen, entre otras cosas, juguetes para adultos, *primal prey*, fetiche por el semen, sexo anal, sexo duro, actos sexuales en público.
- Lenguaje explícito y pintoresco que incluye numerosas «blasfemias». ¡La que avisa no es traidora!
- Hay muchas lesiones y muertes... El libro va de un médico y una asesina en serie que se enamoran, así que creo que todo eso ya se da por sentado.

Por favor, si eres de esa gente que no se lee los epílogos, me gustaría pedirte con toda la humildad del mundo... ¡que hagas una excepción! En este no hay bebés ni embarazos, pero puede que haya un par de sorpresas que no puedes perderte. ¡Tú confía en mí! («Pero ¿y aquello del helado?», dirás. «¡Y la pizza! ¡Y la cerveza, y los batidos, y el calcio gourmet!». Lo sé, soy consciente..., pero esta vez confía en mí. ¡Jaja!)

*Para quienes habéis leído B&B y L&L y habéis dicho:
«Qué narices, ya que he soportado lo del helado
y la pizza, voy a seguir»... Sois de los míos.
¡Este libro es para vosotros!*

PLAYLIST

Escanea uno de los QR para escucharla:

APPLE MUSIC



SPOTIFY



CAPÍTULO 1: As de copas

«Handmade Heaven», MARINA

«The Inversion», Joywave

CAPÍTULO 2: Juramento

«Mess Is Mine», Vance Joy

«Fight to Feel Alive», Erin McCarley

CAPÍTULO 3: En la estacada

«Lost & Far from Home», Katie Costello

«My Heart», The Perishers

CAPÍTULO 4: La Princesa de la Pradera

«The Daylight», Andrew Belle

«Next Time», Greg Laswell

«Silenced By the Night», Keane

CAPÍTULO 5: Lo que nunca dijimos

«Traveling at the Speed of Light», Joywave

«Never Be Alone», The Last Royals

«In a Week» (feat. Karen Cowley), Hozier

CAPÍTULO 6: Sombras

«Orca», Wintersleep

«Look After You», Aron Wright

«Darker Side», RHODES

CAPÍTULO 7: ¡Tachán!

«Man's World», MARINA

«Fun Never Ends», Barns Courtney

CAPÍTULO 8: Empujar y clavar

«Roses R Red», CRAY

«Shutdown», Joywave

«Minuet for a Cheap Piano», A Winged Victory for the Sullen

CAPÍTULO 9: Suturas

«You Haunt Me», Sir Sly

«Evelyn», Gregory Alan Isakov

«Reflections», TWO LANES

CAPÍTULO 10: Renegado

«Every Window Is A Mirror», Joywave

«Is It Any Wonder?», Keane

«San Francisco», Gregory Alan Isakov

CAPÍTULO 11: Modo bestia

«Too Young To Die», Barns Courtney

«Take It On Faith», Matt Mays

CAPÍTULO 12: Reducción

«Strangers», Wave & Rome

«Sister», Andrew Belle

CAPÍTULO 13: Arañar

«Helium», Glass Animals

«THE GREATEST», Billie Eilish

«Fear and Loathing», Marina and The Diamonds

CAPÍTULO 14: Temeridad

«The Few Things» (con Charlotte Lawrence), JP Saxe

«Pieces», Andrew Belle

CAPÍTULO 15: Descenso

«Twist», Dizzy

«First», Cold War Kids

«Cold Night», Begonia

CAPÍTULO 16: Volver a la superficie

«Horizon», Andrew Belle

«All Comes Crashing», Metric

«Realization», TWO LANES

CAPÍTULO 17: Golpe de suerte

«I Know What You're Thinking And It's Awful», The Dears

«Shrike», Hozier

«Butterflies» (feat. AURORA), Tom Odell

CAPÍTULO 18: Carrera de obstáculos

«Fun», Sir Sly

«Nuclear War», Sara Jackson-Holman

«watch what i do», CRAY

CAPÍTULO 19: Fantasía

«About Love», MARINA

«We're All Gonna Die», CRAY

CAPÍTULO 20: Garras

«Coming Apart», Joywave

«The Aviator», Stars of Track and Field

«Wandering Wolf», Wave & Rome

CAPÍTULO 21: Poseído

«I Love You But I Love Me More», MARINA

«Mayday!!! Fiesta Fever» (feat. Alex Ebert), AWOLNATION

«Content», Joywave

CAPÍTULO 22: Rincones oscuros

«Come Back For Me», Jaymes Young

«Monsoon», Sara Jackson-Holman

«Au Revoir», OneRepublic

CAPÍTULO 23: Desatado

- «Arches», Agnes Obel
- «Master & a Hound», Gregory Alan Isakov
- «Sweet Apocalypse», Lambert

CAPÍTULO 24: Campos de batalla

- «Into the Fire», Erin McCarley
- «Particles», Ólafur Arnalds & Nanna
- «Hold On», Chord Overstreet

CAPÍTULO 25: Sin tiempo

- «Stranger», Katie Costello
- «Viva La Vida», Sofia Karlberg

CAPÍTULO 26: Guion

- «Can I Exist», MISSIO
- «Cardiology», Sara Jackson-Holman
- «For You», Greg Laswell

CAPÍTULO 27: Tres de espadas

- «Fall For Me», Sleep Token
- «Quietly Yours», Birdy
- «The Shade», Metric

EPÍLOGO UNO: Mapas

- «Close To You», Gracie Abrams
- «Maps», Yeah Yeah Yeahs
- «Re-Arrange Again», Erin McCarley

EPÍLOGO DOS: Una cuchilla de rabia

- «Serial Killer», Slayyyter

CAPÍTULO EXTRA: En suspensión

«Official», Charli XCX

«Kiss Me», Empress Of & Rina Sawayama

AS DE COPAS

Rose

Si le das a alguien en la nuca lo suficientemente fuerte, puedes sacarle los ojos de las órbitas.

O al menos eso leí no sé dónde. Le doy vueltas a la idea mientras barajo el mazo del tarot, sin apartar la mirada del palurdo turbio que tengo a menos de diez metros. Ha sacado una petaca para echarle alcohol al refresco y se lo bebe a grandes sorbos. Se seca las gotillas que le han caído por la barbilla con la manga de la camisa de cuadros. El eructo de rigor no se hace esperar y luego se mete medio perrito caliente en esa boca de orco antes de darle otro tiento a la bebida.

«Es que le aporrearía esa cabeza de huevo que tiene hasta sacarle los ojos.»

¿Y la mujer que tengo enfrente? Me juego el cuello a que no le importaría lo más mínimo que me tomara la justicia por mi mano.

Me agunto las ganas de poner una mueca siniestra y espero con todo mi ser que no se haya dado cuenta del brillo malicioso que debo de tener en la cara. Pero, a pesar de las vibras homicidas que seguro que doy y de las distracciones del Circo Silveria que se encuentran más allá de la puerta abierta de la tienda del tarot, la mujer parece absorta en las cartas y no despegamos los ojos de ellas mientras barajo. Tiene la mirada apaga-

da y en uno de los ojos se le nota un moratón negro que empieza a difuminarse.

Me hierve la sangre cuando me obligo a dejar de mirar al hombre. *Su* hombre.

Cuando por fin levanta la vista del movimiento repetitivo de mis manos y empieza a retorcerse en la silla para ver si lo ve, me detengo de repente y golpeo la mesa con el mazo. Diría que se sobresalta más de lo normal, pero ya me lo temía. Es solo que esperaba que no se asustara.

—Lo siento. —Y lo digo en serio. Me mira con cara de espanto. En sus ojos hay miedo de verdad. Pero me lanza una sonrisa débil—. ¿Cómo te llamas?

—Lucy —dice.

—De acuerdo, Lucy. No quiero saber cuál es tu pregunta, pero quiero que la tengas en mente.

La mujer asiente. Le doy la vuelta a la primera carta, aunque ya sé cuál es. Tiene los bordes desgastados por el uso y la imagen se ha descolorido con el tiempo.

—El as de copas —anuncio mientras dejo el naípe sobre la mesa y lo empujo para acercárselo. Ella pasa la mirada de la imagen a mí con la frente arrugada en una pregunta tácita—. Significa que sigas tu voz interior. ¿Te dice algo? ¿Qué es lo que quieres hacer?

Solo espero que salga una cosa de su boca: «Alzar el vuelo». Pero no lo dice.

—No lo sé —responde, su voz apenas es un susurro. Re-tuerce los dedos encima de la mesa y me fijo en que la sencilla alianza de oro que lleva está rayada y tiene poco lustre. Entonces la decepción se me cuela por debajo de la piel como una espina—. Matt quiere que compremos otra parcela para cultivarla el año que viene, pero a mí me gustaría ahorrar algo de dinero para los niños. Quizás estaría bien salir de Ne-



braska una semana, llevarme a los niños a ver a mi madre y no preocuparme por el precio de la gasolina. ¿Es a eso a lo que se refiere...?

—A lo mejor. —Me encojo de hombros y cojo el mazo para volver a barajar. Esta vez, no me preocupo por que el as de copas acabe encima de la baraja. Que las cartas le digan a esta mujer lo que necesita escuchar—. Lo que importa es qué significa para ti. Vamos a empezar de nuevo teniendo eso en cuenta.

Le echo las cartas. Siete de copas. Sota de copas. Dos de bastos. Señales de cambio; las elecciones de su futuro están ahí, si está dispuesta a tener fe y aceptarlas. Ni siquiera estoy segura de si está abierta a recibir un mensaje de las cartas. Apenas he terminado la lectura cuando sus tres críos se cue-
lan en la tienda. Dos niñas y un niño, con la cara sucia y pegajosa de caramelo. Hablan pisándose, todos quieren contarle primero lo de las atracciones, los juegos y los espectáculos. «Hay payasos, mamá». «Mamá, ¿has visto al señor que escupe fuego?». «He visto un puesto donde puedes ganar un peluche, mamá, ven a verlo». «Mamá, mamá, mamá...».

—Niños. —Una voz ronca interrumpe desde la entrada de mi tienda.

Esos cuerpecitos se quedan quietos y rígidos al oír el tono afilado. Enfrente de mí, Lucy abre los ojos como platos. Apenas se permite mirarme durante unos segundos, pero aun así veo en su expresión el rastro del terror crónico. El modo en que le apaga la mirada antes de darse la vuelta. Levanto la vista al hombre que hay en el umbral: en una mano tiene el vaso de refresco adulterado y, en la otra, un puñado de entradas para las atracciones.

—Venga, llévatelos. Mamá se reunirá con vosotros dentro de una hora para ver el espectáculo.

El niño, que parece el mayor, coge las entradas y se las apretuja contra el pecho, como si se las fueran a quitar con la misma facilidad con que se las han dado.

—Gracias, papá.

Los críos rodean al padre, que se ha quedado plantado en la entrada de la tienda. Los observa desaparecer entre la multitud antes de fijarse en nosotras. Clava los ojos inyectados en sangre en su mujer, aplasta el vaso de plástico y lo lanza al suelo.

—Vámonos.

Lucy asiente una vez y se pone en pie. Me deja un billete de veinte dólares encima de la mesa mientras me lanza una sonrisa débil y susurra: «Gracias». Me gustaría decirle que la lectura es gratis, pero conozco a los tipos como su marido. Son volátiles. Están dispuestos a lanzarse al pescuezo de una mujer a la mínima señal de desaire, como mostrar piedad o caridad. Hace mucho que aprendí a ceñirme al intercambio monetario, aunque luego él le grite por gastarse dinero en algo tan frívolo como un mensaje del universo.

Lucy sale de la tienda. Él la observa alejarse y luego se vuelve hacia mí.

—No deberías llenarle la cabeza con ideas de mierda —dice con desdén—. Ya tiene bastantes.

Recojo las cartas y las barajo. El corazón me late furioso, tanto, que siento que me araña las costillas, pero muevo las manos con fluidez; por fuera solo transmito calma.

—Supongo, entonces, que no quieres que te las eche a ti.

—¿Qué le has dicho?

El hombre se adentra un paso en la tienda y se cierne sobre la mesa con una expresión amenazadora. Me recuesto en la silla. Dejo de barajar las cartas. Nos sostenemos la mirada.



—La misma mierda que le suelto a todo el mundo que entra —le miento—. Sigue tus sueños. Confía en tu corazón. El futuro te depara algo bueno.

—En eso no te equivocas. —Levanta las comisuras de los labios en una sonrisa siniestra mientras recoge el billete y lo dobla delante de mi cara—. Mi futuro sí que me depara algo bueno.

Asiente con la cabeza, se mete el dinero en el bolsillo y se larga hacia el puesto de bebidas más cercano, donde ya lo están esperando sus amigos, que tienen la misma pinta de turbios. Lo miro fijamente hasta que al final cierro los ojos. Intento no pensar en él, me centro de nuevo en mi energía y vuelvo a barajar las cartas. Cojo un cristal de selenita para purificarlas y cortar la conexión que se ha establecido entre nosotras, pero no hago más que pensar en Lucy. No dejo de ver el halo morado que tenía en el ojo, por mucho que intente apartar la imagen. Su mirada apagada me atormenta. La he visto muchísimas veces. En las mujeres que vienen a sacar el as de copas. En mi madre. En el espejo.

Respiro hondo. Levanto la primera carta con una pregunta en mente.

«Lucy no ha pedido ayuda, pero la necesita. ¿Qué debería hacer?».

Le doy la vuelta a la primera carta y abro los ojos.

La torre. Agitación. Cambio repentino.

Ladeo la cabeza y saco otra.

Dos de bastos. Hay oportunidades si te atreves a ir más allá de los muros de tu castillo. Puede que la tierra que encuentres sea pedregosa, pero también está llena de vida. Arriégate. Prueba algo nuevo. Una vida plena se construye a base de elecciones.

—Mmm. Creo que sé a dónde va a parar esto y no es lo que te he preguntado.

El rey de copas. La llegada de un amor romántico.

—¡Para! Yo quería saber si le aplasto el cráneo a ese capullo, no si me voy a enamorar ni cualquier otra chorrada. Responde a la pregunta que te he hecho.

Vuelvo a barajar el mazo. Pienso en ello y levanto la primera carta.

—Me cago en todo, Gransie. Déjalo ya.

Respiro hondo para llenarme bien los pulmones mientras juego con el borde de la carta y miro la feria que se extiende más allá de la puerta de la tienda. La verdad es que tendría que largarme. Olvidar este intercambio. Ir a cambiarme y prepararme para la inminente actuación en la tienda grande. Cuando me meta en el globo de la muerte con una moto y otras dos personas, tengo que estar centrada; no hay margen de error. Pero sigo viendo al marido de Lucy. Entonces Bazylí pasa por delante de la tienda. Me lo tomaré como la señal que estaba esperando.

—¡Baz! —ladro para que el adolescente se detenga. Tiene unos miembros desgarrados, bronceados y manchados de grasa—. Ven aquí.

Los ojos casi le hacen chiribitas. Aparta los labios y forma una sonrisa mellada.

—No va a ser gratis.

—Todavía no te he dicho lo que quiero.

—Aun así, vas a tener que apoquinar.

Entorno los ojos y Baz se mete en la tienda de un salto. Sonríe con esa chulería típica de los quinceañeros. Señalo la feria con la cabeza. Él sigue mi mirada.

—El bigardo de ahí fuera, el de la camisa de cuadros que está al lado del puesto de comida rápida.

—¿El que tiene cabeza de huevo?

—Ese mismo. Necesito información sobre él. Me vale con el carnet de conducir. Y veinte pavos si lleva suelto en la cartera.



Baz se fija en mi mano; justo estoy volviendo a dejar la torre en el mazo.

—No soy un ladrón. Soy un mago —dice, haciendo una floritura con las manos y mostrando una flor en la palma—. Lo único que robo son corazones.

Entorno los ojos y el chico sonrío mientras me la da.

—Sé que no eres un ladrón. Pero nuestro amigo Cabezahuevo acaba de sisarme veinte pavos y se los quiero dar a su mujer. Esa, la rubia de la blusa azul. —Señalo en la distancia a Lucy, que avanza sola hacia un puesto de comida—. Va a estar en la carpa principal durante el espectáculo con tres críos. Quiero que a ella le des el dinero, y a mí, el carnet de conducir.

Baz me mira con los ojos entrecerrados.

—No sé qué estás tramando, pero sabes que te puedo ayudar.

—Ya me ayudas consiguiéndome el carnet.

—Lo haré gratis si me dejas que te eche una mano de verdad.

—Ni hablar, chaval. Tu madre me ahorcaría en el trapezio. Tú tráeme el carnet. Te compraré un cómic de Venom.

Baz se encoge de hombros. Restriega la punta del zapato sobre la hierba; está intentando no mirarme a la cara.

—Los tengo casi todos.

—Los de la serie Dark Origins no. —El crío me mira directamente a los ojos. Me esfuerzo por contener la sonrisa al ver que no puede ocultar las ganas—. Sé que te faltan los dos últimos. Yo te los compro.

—Vale..., pero también me tienes que dejar la piscina hinchable.

Arrugo la nariz y ladeo la cabeza.

—Claro..., supongo...

—Y necesito plátanos.

—De acuerdo...

—Y una piña. También los palillos estos de los cócteles.

—¿Qué coño vas a hacer?

No es raro que otros artistas o trabajadores del circo me manden que les compre cualquier cosa o baratijas de los pueblos en los que paramos. Soy una de las pocas que tienen un segundo vehículo con el que escapar. No tengo que cargar con toda la casa para ir a la tienda. Pero eso significa que me piden todo tipo de movidas. Sobre todo condones. También pruebas de embarazo. Frutas y verduras de temporada. Cruasanes recién hechos de una panadería local. Libros. Whisky. Pero...

—¿Una piña?

—Mi madre me ha dicho que me comprará la PlayStation cuando por fin pueda irse de vacaciones. Pero, como eso no va a pasar en la vida, he pensado en traerle las vacaciones a ella. —Baz se cruza de brazos y clava los pies en el suelo, como si estuviera a punto de entrar en combate—. Lo tomas o lo dejas, Rose.

Le tiendo la mano; me ha ablandado.

—Trato hecho. Pero ten cuidado, ¿eh? Cabezahuevo no es trigo limpio.

Baz asiente, me da un apretón y se marcha a toda prisa para completar su misión. Lo veo abrirse paso entre críos cargados con palomitas, algodón de azúcar y peluches; entre adolescentes que hablan de las mejores atracciones en las que se han montado; entre parejas que salen de la casa encantada riéndose avergonzados y contando cuánto les han asustado los trabajadores ocultos en los rincones oscuros. Estos son los momentos que me encantan de vivir con el Circo Silveria. Son momentos mágicos, aunque sean fugaces.



Pero hoy solo aspiro a perseguir la magia oscura y peligrosa.

Veo a Baz maniobrar cerca de los dos hombres. El corazón se me estrella contra las costillas cuando se coloca detrás del marido de Lucy y le saca la cartera del bolsillo trasero mientras el tío está distraído riéndose. Cuando el crío tiene el botón en la mano, se da la vuelta y se aleja lo suficiente para abrir la cartera y sacar el carnet de conducir. Luego coge el dinero y se lo mete en los pantalones antes de volver a girarse. En pocos segundos, vuelve a dejarle la cartera en el bolsillo.

Agarro el mazo del tarot y la selenita, salgo de la tienda y le doy la vuelta al cartel de la entrada para indicar que está cerrado, a pesar de que voy a perder una o dos lecturas de otra mujer que viene ya hacia aquí aferrada a un billete de veinte dólares. Advierto el leve atisbo de decepción en su cara, pero no pierdo de vista a Baz. Y él a mí tampoco. Nos cruzamos cuando voy de camino a mi caravana. Apenas lo siento, solo lo noto porque lo estoy esperando. Una ligera caricia en la cadera.

Cuando entro en mi casa rodante, me saco el carnet del bolsillo. «Matthew Cranwell». Abro el móvil y compruebo la dirección en el mapa de Nebraska. Está a algo más de treinta kilómetros, cerca de Elmsdale, el siguiente pueblo. Tiene un supermercado más grande que el de Hartford. Quizás tenga más posibilidades de encontrar una piña de buena calidad. Paso el pulgar por la cara descolorida de Matt. Con una sonrisilla en los labios, me pongo los pantalones de cuero y la camiseta de tirantes; luego me guardo el carnet en el bolsillo interior de la chaqueta de motorista.

Esta noche es la primera actuación que tenemos en Hartford y la carpa principal está abarrotada de gente que ha venido de todos los pueblos de alrededor. Y el Circo Silveria se enorgullece del gran espectáculo que ofrece. Observo desde detrás de la cortina mientras José Silveria presenta a cada ar-

tista. Los payasos, con sus coches diminutos, sus malabares y su número de risa habitual. Santiago el Irreal, un mago que encandila a la audiencia con una serie de trucos que se guarda con celo. Baz lo ayuda en su número; es un aprendiz entusiasta y la única persona a la que Santiago le confía sus secretos. Luego vienen los trapeceistas y los acróbatas; Zofia, la madre de Baz, es la artista principal de este grupo. Los únicos animales que tenemos son la tropa de caniches amaestrados de Cheryl. Siempre hacen las delicias de los críos, sobre todo cuando pide voluntarios del público. Y, por último, el acto final, que siempre hacemos los gemelos y yo: Adrian y Alin. El globo de la muerte. El olor de la red de metal y los gases del motor, el subidón de adrenalina. El rugido de las motos mientras aceleramos en la jaula redonda, que parece demasiado pequeña para los tres. El clamor del público que nos jalea. Me encantan la velocidad y el riesgo. Quizás un poquitito demasiado. Porque a veces no es suficiente.

Salgo de la jaula cuando termina el espectáculo y me detengo entre Adrian y Alin mientras saludamos al público. El carnet de conducir de Matt Cranwell me arde en el bolsillo, como si me estuviera marcando la piel.

En cuanto puedo, me escaqueo.

Cambio la moto sucia por mi Triumph, el casco de actuar por mi ICON costumizado, me meto en el bolsillo el juego de herramientas mini y me encamino hacia Elmsdale; el sol del atardecer me persigue a lo largo de las carreteras rectas y llanas. Paso como un relámpago por la tienda; cojo los plátanos, una piña mustia y todo lo que veo que tiene un aire tropical junto con un tubo endeble de palillos de cóctel. Cuando pago, guardo la compra en la mochila deshilachada mientras decido que en la próxima ciudad en la que paremos tengo que conseguir una mejor.



Al salir del supermercado, saco el móvil y compruebo una vez más la dirección de Matt Cranwell en el mapa. El camino es recto en la red de calles de los pueblecitos. No puede estar a más de diez minutos. Hace un tiempo perfecto. El sol todavía está tan alto en el cielo que, si me limito a acercarme solo para echar un vistazo, puedo volver a la feria antes de que anochezca.

El recuerdo de la carta de la torre me invade y me impide ver el mapa, como si fuera una película opaca. Arrugo la nariz. Me detengo junto a la moto y coloco el teléfono en el soporte que tengo en el manillar.

A lo mejor esto es una locura. No es el tipo de bolos que suelo hacer. Pero sí que llevo un tiempo queriendo cambiar las cosas. Sé que lo necesito. Lo sé desde hace rato. No voy a seguir ayudando a mujeres como Lucy a «alzar el vuelo»; darles los medios para que lo hagan ya no es suficiente. Si voy a hacerlo, debería hacerlo de verdad, ¿sabes? Subir las revoluciones. Acelerar. Dejando las referencias a las motos a un lado, siento que no está bien quedarme al margen de la acción. Puede que esté contribuyendo a enmendar un par de entuertos, pero siempre he estado a un paso de hacer algo de verdad.

Miro el clavel diminuto que tengo tatuado en la muñeca. Acaricio las iniciales que tiene al lado: «V. R.». No puedo permitir que pase lo mismo que el año pasado. Nunca más.

No solo está mal delegar la responsabilidad de acabar con la vida de alguien en un tercero que a lo mejor no está preparado para llevar a cabo la misión, sino que también es aburrido. Quiero cargarme a alguien, como Matt Cranwell, con mis propias manos.

«Al menos, eso creo».

No. Estoy segura. Es lo correcto..., o así lo siento..., y está claro que tengo ganas de hacerlo, quizás así calme la picazón que siento en el fondo del cerebro y que anhela más.